

Presentación de la edición crítico-histórica de *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*

Tras la publicación, en julio de 2012, de la edición crítico-histórica de *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer* (Rialp, Madrid), se han organizado en distintas ciudades algunos actos de presentación del libro. El volumen, tercero en la colección de Obras Completas que edita el Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer, ha sido preparado por José Luis Illanes y Alfredo Méndiz. *Conversaciones*, cuya primera edición es de 1968, recoge siete entrevistas concedidas a la prensa por el fundador del Opus Dei, entre 1966 y 1968, y la homilía «Amar al mundo apasionadamente», que pronunció en la Universidad de Navarra el 8 de octubre de 1967.

En estas páginas expondremos un elenco comentado de esas presentaciones, seguidas de dos intervenciones de los editores del libro.

El primer acto de presentación tuvo lugar en Bogotá, en el marco del simposio internacional de teología «Materialismos y materialismo cristiano», organizado por la Universidad de La Sabana. Consistió en una conferencia de José Luis Illanes filmada para la ocasión y proyectada en el auditorio Manuel Mejía Velilla, al término del simposio, el 31 de agosto de 2012.

El 1 y el 2 de octubre, en los locales de la Fundación Cajamurcia en Cartagena y Murcia respectivamente, tuvieron lugar sendas presentaciones del libro en las que tomaron la palabra Alfredo Méndiz y el profesor de filosofía Higinio Marín, de la Universidad CEU Cardenal Herrera, quien, a partir de la consideración del contexto cultural en el que nació *Conversaciones*, puso de relieve su vigencia y actualidad.

El día 5 de ese mismo mes, *Conversaciones* fue presentado en Pamplona, en el aula magna de la Universidad de Navarra. Además del profesor Illanes, en la sesión intervinieron el periodista Andrés Garrigó, autor de una de las entrevistas incluidas en *Conversaciones*, que refirió algunos recuerdos de su encuentro con el fundador del Opus Dei, y la profesora de Comunicación Mercedes Montero, que habló del pensamiento de san Josemaría sobre el papel de la mujer en la sociedad, tema que corresponde al de una de las entrevistas concedidas por el fundador del Opus Dei.

El día 30 de octubre, los periodistas Jesús Fonseca, Montse Serrador y Andrés Garrigó llevaron a cabo otra presentación con Alfredo Méndiz, en la librería Oletum de Valladolid. Serrador, que planteó la cuestión de la conciliación entre familia y trabajo, muy presente en la entrevista de *Telva*, una de las incluidas en *Conversaciones*, suscitó un vivo debate con el público. Fonseca, moderador del acto, compartió algunas reflexiones sobre la figura de san Josemaría como apóstol de la santidad en la vida ordinaria.

En el mes de noviembre, José Luis Illanes presentó el libro en Valencia y Sevilla. En Valencia, el día 5, intervinieron también Higinio Marín y Francisca Colomer, que explicó la finalidad y las líneas de trabajo del Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer, del que es colaboradora. En Sevilla, dos días después, acompañaban al profesor Illanes en el estrado: Inmaculada Alva, investigadora del Centro de Documentación y Estudios Josemaría Escrivá de Balaguer, que trazó un cuadro general de la obra escrita de san Josemaría; y Ricardo Ríos, presidente de la Asociación Andaluza de Imagen y Comunicación, que fue el moderador. En Valencia, el acto tuvo lugar en la Fundación Bancaja; en Sevilla, en la Fundación Valentín de Madariaga.

También en Roma, en la sede de la Associazione Iscom, hubo, para un público restringido (corresponsales de prensa españoles y latinoamericanos), un acto de presentación de *Conversaciones*, el 27 de noviembre. Hablaron José Luis Illanes y Alfredo Méndiz.

El martes 29 de enero de 2013 tuvo lugar, en la capital de España, una nueva presentación del libro organizada por la Universidad de Navarra (sede Madrid). Cuarenta periodistas participaron en una mesa redonda virtual moderada por Pilar Urbano y con asistencia de José Luis Illanes. En el encuentro se destacó el rol del periodista y la importancia del periodismo en la configuración de una verdadera convivencia social.

En febrero se realizaron otras tres presentaciones: una el 26, en Cuenca, en los locales de la Fundación Caja Castilla La Mancha; otra el 27, en Ciudad

Real, en el salón de actos del antiguo Casino; y la última, el día 28, en el Palacio de Benacazón de Toledo. En las tres participó Alfredo Méndiz, quien, en Cuenca y Toledo, fue acompañado por Andrés Garrigó. En el acto de Cuenca intervino también Carmen Santisteban, directora de Europa Direct; en Ciudad Real, María Gudín, médico neuróloga y escritora; en Toledo, María Concepción Castaño, profesora de Biología.

Durante el mes de abril se organizaron similares eventos en el norte de España. El 10 de abril, en el Ateneo de Santander, el periodista y presidente del Ateneo, Miguel Ángel Castañeda, dirigió el encuentro, que contó con la presencia de Alfredo Méndiz. El día 11, en el Hostal de los Reyes Católicos, sito en Santiago de Compostela, el periodista Jesús Fontenla, director de informativos de Televisión Galega, moderó una sesión en la que, además de Méndiz, intervino Covadonga O'Shea, presidenta de la Fundación Tecnomoda y cofundadora –y luego directora, durante muchos años– de la revista *Telva*. El viernes 12, *Conversaciones* fue presentado en el Club Financiero de Vigo. La moderadora fue Montse Do Val –profesora de Comunicación en la Universidad de Vigo, campus Pontevedra–, y participaron Alfredo Méndiz y Covadonga O'Shea.

Resumiendo, cabría destacar:

a) Los moderadores –generalmente profesionales de la comunicación– se han detenido en el papel del periodista y en el género del libro: la entrevista. Particularmente importante fue la sesión madrileña dirigida por Pilar Urbano. Cuarenta periodistas dieron su opinión sobre el libro a través de entrevistas filmadas. Se habló de la relación de san Josemaría Escrivá de Balaguer con el periodismo: el fundador del Opus Dei había sido profesor en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid en 1941 y había promovido esta carrera a nivel universitario en 1958. Las conclusiones se orientaron hacia el futuro del periodismo y la trascendencia de la tarea de sus profesionales. José Luis Illanes señaló que san Josemaría advertía la relación entre verdadera información y verdadera convivencia, y subrayaba que el periodismo no debía temer a la verdad, ni debía dejarse llevar por motivos de medro, falso prestigio o ventajas económicas.

b) Un tema ampliamente comentado –en algunos casos por el moderador, en otros por los participantes– fue la entrevista realizada por *Telva* al fundador del Opus Dei, y recogida en *Conversaciones*, sobre el papel de la mujer en la familia y en la sociedad. Se trata de la entrevista más amplia, con mayor número de preguntas y considerada de gran actualidad, pues las palabras de san Josemaría dan luz para afrontar cuestiones como la concilia-

ción familia-trabajo, el número de hijos, la vida conyugal y la importancia del hogar.

c) Los autores de la edición crítico-histórica de *Conversaciones* han procurado situar el contenido de la obra en su contexto histórico: las ocho líneas estructurales del conjunto de las entrevistas concedidas por san Josemaría Escrivá de Balaguer entre 1966 y 1968, los argumentos dominantes en todas y cada una, y la actualidad del mensaje expuesto. No vale la pena extenderse en este punto pues se incluyen a continuación dos de las intervenciones de los autores de la edición: la de Alfredo Méndiz en Toledo, y la de José Luis Illanes en la Universidad de Navarra.

INTERVENCIÓN DE ALFREDO MÉNDIZ, TOLEDO,
28 DE FEBRERO DE 2013

Presentamos hoy una nueva edición de *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*. Querría empezar con una consideración que nos lleva un poco lejos del tema, aunque tampoco totalmente fuera del ámbito de las cosas que se deben decir, o que se pueden decir, en una presentación de un libro como *Conversaciones*. Pensaba arrancar con unas palabras recientes de Benedicto XVI: unas palabras que pronunció el pasado día 14 en un encuentro con los sacerdotes de Roma.

En ese encuentro, Benedicto XVI habló del Concilio Vaticano II: de las esperanzas que suscitó en todos los que participaron en él, de las discusiones que hubo entre unos y otros –siempre constructivas–, en el marco de la fe... y habló también del «otro» Concilio Vaticano II, el que presentó la prensa a partir de categorías humanas, políticas, nada espirituales, un «concilio virtual» que impidió a muchos ver el concilio real. Ese «concilio virtual», dijo textualmente el Papa, fue una «calamidad».

Traigo a colación estas palabras, por una parte, como expresión de simpatía y de reconocimiento hacia Benedicto XVI, hoy, precisamente en estos momentos, cuando deja de ser Papa (dentro de trece minutos), en que deja de ser Papa. Pero también he querido recordarlas porque me parecen un buen pórtico para hablar de un libro que, como espero mostrar, tiene su marco natural en aquel contexto de transmisión del Concilio a la opinión pública en el que no todos estuvieron a la altura de las circunstancias.

Creo poder decir que *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, cuya primera edición fue publicada por Ediciones Rialp en 1968, sí

lo estuvo. Lo demuestra el hecho de que hoy, al cabo de casi medio siglo, estemos presentando una nueva edición. El hecho es singular, sobre todo, si se tiene en cuenta que *Conversaciones* nació con unas características que no eran las propias de un producto destinado a durar: eran más bien las propias de lo que ahora se llama un *instant book*, es decir, un libro efímero. El libro era simplemente una recopilación de entrevistas a la prensa, y nada hay tan efímero en el mundo editorial como lo que se publica en la prensa: «recuerda que tus grandes exclusivas de hoy envolverán el pescado de mañana», decía Pulitzer a sus periodistas, con crudo realismo. Se trataba, en efecto, de siete entrevistas que Escrivá de Balaguer había concedido a distintos medios en los dos años anteriores, más una homilía pronunciada también poco antes, en octubre de 1967, ante miles de personas, en una Misa al aire libre. Por lo demás, el libro se sacó de prisa y corriendo, como es típico también de la literatura efímera: la última entrevista de las incluidas en este libro apareció en el semanario *L'Osservatore della Domenica* a las puertas del verano de 1968, y el libro salió en septiembre, antes de que acabara el verano.

Sin embargo, esa recopilación de entrevistas –es decir, de envoltorios de pescado– que es *Conversaciones* ha sobrevivido a su «instante», y a lo largo de estas décadas ha seguido publicándose y traducándose. Sobre su permanencia haré algunas consideraciones, pero no quisiera pasar por alto el instante propio de *Conversaciones*, es decir, el momento histórico en el que el libro se inscribe y al que, en el fondo, debe su existencia.

Es aquí donde hay que mencionar, como elemento clave, el Concilio Vaticano II, que se desarrolla entre 1962 y 1965. El Concilio es un hecho decisivo en la génesis de *Conversaciones* tanto por su contenido doctrinal como por su forma de transmisión. En cuanto a lo primero, diré solo que muchos de los temas que están en la agenda del concilio son también importantes en *Conversaciones*: el papel de los laicos en la Iglesia, la libertad religiosa, etc. En cuanto a la transmisión, *Conversaciones* responde a ciertas novedades en materia de comunicación experimentadas precisamente en el Concilio. En los anteriores –el último había sido el Vaticano I, de 1870– los obispos debatían, tomaban decisiones..., y luego cada uno, de vuelta a su diócesis, comunicaba orgánicamente lo que hubiera que comunicar: quizá reunía a los párrocos y les explicaba las resoluciones, para que a su vez los párrocos las transmitieran después a los fieles por medio de la catequesis, las homilías, etc. Ahora, en cambio, del Concilio Vaticano II se informaba al público casi en tiempo real, y no solo por los canales jerárquicos, sino por medio de la prensa: así, por ejemplo, lo que quizá un obispo acababa de decir en el aula

conciliar podía ser conocido por un fiel de su diócesis al día siguiente por la mañana, y no en la parroquia, sino en su casa, mientras desayunaba, leyendo el periódico.

Este fenómeno no carecía de peligros, porque un periodista podía tender fácilmente a dar una visión quizá un poco pobre (desde el punto de vista teológico) del Concilio. Es lo que ponía de relieve Benedicto XVI en el encuentro con sacerdotes del que he hablado al principio. Sin embargo, a la vez es innegable que, en principio, esa transmisión mediática del Concilio Vaticano II ofrecía muchas ventajas para el anuncio de la fe, y algunas personas lo percibieron enseguida. Una de estas personas fue, por ejemplo, el periodista Enrico Zuppi, entonces director de *L'Osservatore della Domenica*, un semanario que teóricamente dependía de *L'Osservatore Romano*, aunque de hecho era bastante autónomo. Hay una biografía de Zuppi, publicada en Italia en 2002, que pone de manifiesto ese aspecto: el entusiasmo –y a la vez, la seriedad– con que Zuppi asumió en aquellos años esa tarea de comunicar el Concilio, una labor que para él tenía visos de misión, de vocación divina.

Este es, repito, el contexto, o al menos un elemento decisivo del contexto, en el que hay que entender las entrevistas que Escrivá concedió a la prensa en los años sesenta, contra lo que había sido hasta entonces su norma, pues nunca había querido aparecer en los medios. De hecho, precisamente a Enrico Zuppi se debe una de esas entrevistas.

Las tres primeras fueron concedidas entre 1966 y 1967 a *Le Figaro*, *The New York Times* y *Time*. Después, entre el otoño de 1967 y el invierno de 1968, se suceden otras tres a revistas españolas: *Palabra*, *Gaceta Universitaria* y *Telva*. Por último, en la primavera de 1968 se publica en *L'Osservatore della Domenica* la entrevista del ya citado Enrico Zuppi. En medio queda la homilía, tan conocida, a la que antes he hecho referencia, de octubre de 1967, que tiene por título «Amar al mundo apasionadamente». Esta constituye el último capítulo del libro y hoy se distribuye también en CD, en formato audio original, con la voz del mismo san Josemaría, en el momento en que la pronunció.

Las entrevistas fueron llevadas a cabo por muy buenos profesionales de la prensa, pero no voy a hablar de ellos. Y tampoco voy a comentar la historia de cada una, porque me parece que tiene más interés, en esta sede, decir algo sobre su contenido.

En esta edición crítico-histórica de *Conversaciones*, hemos individuado ocho grandes temas, ocho grandes claves de lectura del libro, ocho líneas estructurales: las comentamos en una breve introducción sobre «El

mensaje de *Conversaciones*». Las enumero telegráficamente: la realidad del Opus Dei, la libertad cristiana, la condición jurídica del Opus Dei (como tema distinto del primero), la misión de la Iglesia, el Concilio Vaticano II, Iglesia y mundo, cultura y universidad y, por último, mujer y familia. Yo subrayaría el segundo tema, el de la libertad: quizá se puede decir que es el hilo conductor de *Conversaciones*.

Las palabras “libertad”, “libre” y “libremente” salen unas ciento cincuenta veces a lo largo del libro. Posiblemente saldrían aún más si san Josemaría no se hubiera impuesto buscar términos alternativos (“pluralismo”, “autonomía”, etc.) para evitar repeticiones. Una de las primeras reseñas del libro publicadas en la prensa española de 1968 –una reseña no del todo amistosa, pero sí respetuosa– dejó sentado que *Conversaciones* era un libro sobre la libertad. Lo es, en efecto. *Conversaciones* habla de libertad, y lo hace yendo a lo concreto: habla, por ejemplo, de libertad política, en un momento en que en España no la hay; de libertad de expresión; de libertad de educación; de libertad religiosa... Pero sobre todo habla de la libertad del cristiano en un sentido más general, en un sentido antropológico radical, en un sentido teológico: la libertad en su acepción más alta, en su significado de redención (“liberación” y “redención” son términos sinónimos), del don que Cristo nos hace muriendo en la cruz. Una libertad que no consiste solo en poder obrar sin constricción física externa, sino en dirigirse libremente al bien, hacia Dios.

Benedicto XVI ha utilizado en alguna ocasión, para referirse a ese sustrato teológico de la libertad, la expresión «libertad redimida». Una vez, en una visita a una cárcel de menores, habló de la libertad –en ese sentido– como «un trampolín que nos permite saltar hasta el mar infinito de la bondad divina» (Benedicto XVI, homilía en el Instituto penal para menores Casal del Marmo, Roma, 18 de marzo de 2007). Pues bien, esa es la libertad digamos trascendental de la que habla *Conversaciones*. Normalmente, cuando hablamos de libertad nos referimos a algo bastante limitado, a la libertad de hacer lo que está a nuestro alcance, como por otra parte es lógico: soy libre para comer en casa o en un restaurante, para dormir ocho horas o diez o cinco, para casarme con la mujer que les gusta a mis padres o con la que escojo yo. Es evidente que no puedo pensar en mi libertad como posibilidad de respirar debajo del agua sin oxígeno, por ejemplo, porque eso no está a mi alcance. Sin embargo, el sentido más alto de la libertad cristiana tiene algo de eso: es una forma de acceso a una esfera que está más allá de nuestras posibilidades, acceso obtenido por Cristo con su muerte redentora.

Esta es una cuestión que me parece esencial para quien hoy en día se reconoce como cristiano. Tiene que ser un tema capital, en particular, en este año de la fe en el que andamos metidos, precisamente con ocasión del cincuentenario del Vaticano II. Si ha de cambiar el mundo, la energía de la fe no puede ser, en el cristiano, una realidad heterodirigida, sino que ha de desplegarse de modo autónomo, libre, sin necesidad de incentivos temporales o de consignas de partido: en principio, tendría que bastar la conciencia de la propia vocación y de la gracia divina. Sobre estas cosas hay mucho escrito, por lo que tengo poco que añadir. Por ejemplo, hay un libro estupendo de una teóloga alemana fallecida recientemente, Jutta Burggraf, titulado *Libertad vivida con la fuerza de la fe*: es un repaso de los fundamentos de la moral (la ley, la conciencia, la imputabilidad de los actos humanos, etc.), pero sobre todo habla de la libertad como don divino, de energía positiva. De ahí que el objeto de sus páginas no sea «el hombre recto», «el hombre íntegro», sino, simplemente, «el hombre libre».

Es un tema actual, como lo son los demás de *Conversaciones*. Por eso *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, al cabo de cuarenta y cuatro años en las librerías, lleva publicados más de trescientos cincuenta mil ejemplares en once idiomas distintos. En la Navidad de 2010, hace dos años, salió la primera edición sueca. Esto demuestra que en sus entrevistas san Josemaría no habló de asuntos contingentes; sigue siendo actual lo que en los años sesenta dijo a los periodistas: sobre Dios y sobre el hombre, sobre la vida y sobre la muerte, sobre la maternidad y sobre las leyes de la naturaleza..., sobre tantas cosas importantes, profundas, no banales, que nos afectan a todos. Este es el secreto del éxito perenne de *Conversaciones*: ciertas palabras, ciertas «palabras de vida eterna» (la expresión es de los discípulos de Jesús), que remiten a realidades sobrenaturales y que, como las de Cristo, como en general también las de los santos, forzosamente atraen.

Muchas gracias.

INTERVENCIÓN DE JOSÉ LUIS ILLANES,
PAMPLONA, 5 DE OCTUBRE DE 2012

Presentar la edición crítico-histórica de *Conversaciones* constituye para mí un especial motivo de alegría. No sólo porque soy uno de los autores de esa edición, sino, sobre todo, porque se refiere a una obra que san Josemaría publicó durante el periodo en el que yo vivía en Roma, lo que me permitió

presenciar la ilusión con que se vivió su aparición. Las siete entrevistas y la homilía que integran *Conversaciones* testimonian todas –y más aún unidas en una única obra– la riqueza del mensaje del fundador del Opus Dei y la fuerza de sus palabras en un momento clave –los años 1966 a 1968– de su vida y de la historia de la Iglesia.

He hablado de “edición crítico-histórica” de *Conversaciones*. Así lo proclama el subtítulo del volumen que voy a presentar. Ahora bien, ¿qué implica una edición de ese estilo? Más concretamente, ¿por qué se habla de edición crítico-histórica y no de edición crítica? Muy sencillamente: por respeto a los usos científicos.

Propiamente hablando, las ediciones críticas son ediciones de obras cuyo texto original no ha llegado hasta nosotros y que, en consecuencia, se intenta reconstruir confrontando las versiones y copias que poseemos. Nada de eso se aplica a *Conversaciones*: el libro fue publicado en vida de san Josemaría y su texto no ofrece la menor duda. De ahí el recurso al adjetivo “histórico”. Lo que Alfredo Méndiz y yo –autores de la presente edición– hemos hecho es explicar la historia del libro: qué motivos llevaron a san Josemaría a conceder las siete entrevistas y a pronunciar la homilía, y luego a reunir las formando un volumen. Concluida la introducción histórica, y como complemento, procedimos a poner de manifiesto las líneas de fuerza que articulan la obra y a anotar el texto a fin de glosar o subrayar la importancia de algunos pasajes o, en caso necesario, a situarlos en su contexto histórico.

Aclarado ese punto, podemos proseguir formulando una nueva pregunta: ¿por qué realizar y publicar una edición crítico-histórica de *Conversaciones*?

En primer lugar, porque san Josemaría Escrivá de Balaguer es, sin duda alguna, una de las personalidades más relevantes de la Iglesia del siglo XX. Su mensaje y el Opus Dei por él fundado, extendido ya por los cinco continentes, son y seguirán siendo realidades importantes en la historia de la Iglesia y del mundo.

En segundo lugar, y en referencia a la obra concreta de la que hablamos, porque *Conversaciones* ocupa un lugar muy significativo en la predicación y en la producción escrita de san Josemaría.

Panorámica de la obra escrita del fundador del Opus Dei

Para dar razón de lo que acabo de afirmar será útil ofrecer, aunque sea de forma sintética, una visión panorámica de la obra escrita por el funda-

dor del Opus Dei. San Josemaría escribió mucho, pero no fue propiamente hablando un escritor, si damos a esa palabra un sentido, en cierto modo, técnico. Es decir, alguien que escribe porque le apetece escribir o porque hace de la escritura una profesión o, al menos, una tarea que le ayuda a ganarse la vida. Ninguna de esas razones se aplica en nuestro caso. Lo que caracteriza la figura de san Josemaría es la de ser un sacerdote; y, más concretamente, un sacerdote que percibía con claridad que Dios le pedía que dedicara su existencia a difundir entre todos los hombres la llamada a santificarse en medio del mundo y, por tanto, en el trabajo profesional y en el conjunto de actividades que implica la vida ordinaria, y a dar vida a una institución al servicio de esa tarea.

Fue, en suma, un gran pastor de almas y un fundador. Su trabajo como escritor se sitúa en el contexto de esa labor. En la medida en que la misión de fundador y de pastor de almas lo aconsejaba –y sucedió con frecuencia– tomaba la pluma. Al hacerlo, ponía al servicio de la tarea de escribir, su inteligencia, su formación cultural, su buen decir; en resumen, procuraba hacerlo bien, también desde una perspectiva literaria. Y esto no solamente porque su mensaje espiritual lleva a procurar realizar bien, acabadamente, la propia tarea, sino también porque le gustaba escribir en un buen estilo. Conocía a fondo la literatura castellana, poseía un gran dominio del lenguaje, y repasaba atentamente sus escritos para evitar la repetición de palabras, el exceso de adjetivos, las consonancias en el interior de una frase, etc. Sus libros están bien escritos, poseen valor literario. Pero, repitémoslo, su trabajo como escritor estuvo al servicio de su misión sacerdotal y se desarrolló en la medida en que esa tarea lo iba reclamando. Así acontece en relación con toda su obra y, concretamente, con *Conversaciones*.

En los años inmediatamente sucesivos al 2 de octubre de 1928, fecha en que Dios le hizo ver el Opus Dei, san Josemaría empezó a tratar a personas muy variadas, y fundamentalmente a universitarios. Con vistas a impulsarles a santificar el mundo, esa vida ordinaria en la que cada uno estaba inserto, debía, ante todo, llevarles a entrar por caminos de intimidad con Dios. De ahí que sus primeros libros, *Camino* y *Santo Rosario*, enseñen y muevan a hacer oración. Y a hacer oración, no encerrándose en un mundo aparte o limitándola a la recitación de plegarias, sino buscando un verdadero encuentro entre la propia persona y Dios, una confrontación entre la vida de Jesús y la propia vida, de modo que ese Dios al que se descubre en el Evangelio y en los momentos de meditación, acompañe durante el quehacer ordinario.

Al mismo tiempo que preparaba y publicaba las dos obras mencionadas, san Josemaría pensó en escribir y dar a la imprenta otros libros en

esa misma línea, pero no llegó a hacerlo. ¿Por qué? Porque la vida le llevó a dedicar sus energías a otras tareas. Apenas acabada la guerra civil española (1936-1939) impulsó desde Madrid –donde residía desde 1927– la expansión del Opus Dei al resto de España, y luego, a partir de 1945, a diversos países de Europa y de América. El crecimiento del Opus Dei no sólo reclamaba gran parte de su tiempo, sino que hacía necesario además pasar desde la aprobación verbal por parte de la autoridad eclesiástica, con la que contó desde el principio, a un reconocimiento escrito. Objetivo que reclamaba, a su vez, abrir caminos jurídicos nuevos, ya que Opus Dei implicaba una novedad que trascendía el marco canónico de la época. La meta era exigente, y no faltaron dificultades y contradicciones. El tiempo, todo tiempo, también el de san Josemaría, es limitado. Fue, pues, necesario que la tarea de escribir y publicar pasara a un segundo plano.

Pero no la abandonó nunca del todo: a lo largo de todos esos años fue tomando notas, trazando esquemas, poniendo por escrito pensamientos y resoluciones surgidas en su oración o provenientes de su trabajo sacerdotal y apostólico, tomando citas de los libros que leía o recortando artículos de prensa que le sugerían ideas o modos de decir. Así había trabajado desde un principio, desde 1928, y así siguió haciéndolo en la década de 1930 y en las posteriores. Contaba, de esa forma, con un abundante material que podría aprovechar cuando llegara la oportunidad de completar y terminar de redactar nuevos escritos y de entregarlos a la imprenta.

Ese momento llegó en los años sesenta y setenta. ¿Qué aconteció en esos años que tuviera que ver con la tarea de san Josemaría como escritor? Muchas cosas, y muy variadas. La escena mundial estaba conociendo grandes cambios. Europa y, en términos más amplios, lo que suele designarse como civilización occidental, estaba empezando a dejar de ser el centro del mundo. Las naciones asiáticas y africanas estaban emergiendo lentamente, pero de forma decidida, preparando el protagonismo que han adquirido en la actualidad, especialmente por lo que se refiere Asia. En el oriente europeo, el comunismo estaba dando señales de un resquebrajamiento que anunciaba, aunque fuera a lo lejos, su posterior disgregación. Paralelamente, la Europa occidental, y con ella América del Norte, estaba entrando en un proceso de crisis cultural de la cual los acontecimientos de mayo de 1968 en París constituyeron un signo de valor emblemático.

La Iglesia no sólo vivía y se desarrollaba en ese contexto, sino que estaba atravesando también un periodo de cambios. En 1959 tuvo lugar el anuncio de la celebración del Concilio Vaticano II. La primera mitad de la

década de 1960 fue el marco en que tuvieron lugar sus trabajos, haciendo del acontecimiento conciliar y de los documentos allí aprobados un hito decisivo en la historia de la Iglesia. En cierto modo –y con la aproximación que implican este tipo de juicios–, puede decirse que se estaba cerrando una época, la nacida a finales de la Edad Media y comienzos de la Moderna, que tuvo como punto de referencia –en lo eclesial– la reforma realizada en el Concilio de Trento. Y se estaba iniciando otra, marcada por los dos Concilios Vaticanos (1869-1870 y 1962-1965), caracterizada por la promoción de una evangelización, no exenta de problemas, del mundo socio-cultural nacido de la Ilustración.

Acercándonos más a san Josemaría, un tercer hecho resulta determinante: en la década de 1960 el Opus Dei se había extendido hasta alcanzar dimensiones universales no sólo espiritualmente –las poseía ya desde 1928–, sino fácticamente. No era, como en los años treinta, un pequeño número de personas residentes casi todas ellas en Madrid. Ni tampoco, como al principio de los años cuarenta, una institución que contaba con dos centenares de miembros, que vivían y trabajaban en ciudades muy diversas, pero todas españolas. A mediados de los años cuarenta y durante los cincuenta se extendió por Europa y América. Y en los sesenta y setenta contaba ya con varios miles de personas, su labor se había establecido en casi todos los países que forman parte de la civilización occidental, y había empezado a implantarse en Asia y en África. Ese hecho, reconocido no sólo por los ambientes católicos, sino en variados contextos culturales, atraía –en una época marcada por la rapidez en la transmisión de las noticias como es la nuestra– la atención de los medios internacionales de comunicación.

En esa coyuntura, san Josemaría advirtió que, como fundador, debía hacerse presente ofreciendo a sus contemporáneos y a las generaciones futuras un testimonio escrito, amplio y detallado, de lo que es el Opus Dei, de la realidad de su espíritu, de la hondura de su apostolado. En los años anteriores había escrito no sólo las dos obras antes mencionadas, *Camino* y *Santo Rosario*, sino también diversos textos dirigidos a la formación de los miembros de la Obra. Pero debía dar un paso más y retomar su trabajo como escritor dando vida a nuevos textos dirigidos a los fieles del Opus Dei y otros destinados directamente a su publicación y por tanto a todo tipo de lectores.

Retomó, en consecuencia, la tarea de escribir. Lo hizo partiendo de las notas y apuntes que había ido tomando a lo largo de los años, y a la vez con la experiencia y la madurez humana y sobrenatural que le daba el tiempo transcurrido, el desarrollo del Opus Dei y el de la Iglesia en general. Fue así

como, desde comienzos de la década de 1960, mientras se estaba celebrando el Concilio Vaticano II y, en diálogo con sus documentos –que meditó y usó desde el primer momento–, procedió a redactar una serie de cartas e instrucciones dirigidas a los fieles del Opus Dei. A partir de 1966 –y acogiendo las peticiones que le dirigieron diversos diarios y revistas–, concedió entrevistas de prensa que luego, en 1968, fueron reunidas en *Conversaciones*. A finales de esa década y después, en la de 1970, revisó y preparó para la publicación un conjunto de homilias –treinta y seis en total–, recogidas posteriormente en *Es Cristo que pasa* y en *Amigos de Dios*.

Génesis de Conversaciones

Las entrevistas de prensa y la homilía que dieron origen a *Conversaciones* se sitúan, cronológicamente, en el punto medio de ese proceso de redacción y publicación al que acabo de referirme: las entrevistas fueron concedidas entre 1966 y 1968; la homilía fue predicada en 1967. De ahí su importancia. Conviene insistir en algo ya dicho: que san Josemaría no fue un escritor que escribe porque es su oficio, sino un sacerdote que escribe porque lo pide su trabajo pastoral, y, más concretamente, su labor como fundador del Opus Dei o como sacerdote. Esta realidad no sólo se refleja muy claramente en el texto de *Conversaciones*, sino que condiciona la misma existencia del libro.

San Josemaría no era, de por sí, persona dada a conceder entrevistas o a aparecer en público. Su planteamiento vital y espiritual se inspiraba más bien en una expresión, basada en un pasaje del Evangelio de San Juan (3, 30), que repitió muchas veces: «ocultarme y desaparecer, que sólo Jesús se luzca». Cuando concedió entrevistas, lo mismo que cuando habló en reuniones amplias (a veces ante un público que superaba el millar de personas), lo hizo porque consideró que así lo reclamaba el cumplimiento de su tarea sacerdotal.

Por otra parte, conviene destacar que tenía gran aprecio a la prensa y a los demás medios de comunicación social. A principio de los años cuarenta explicó, durante un curso, una asignatura de ética del periodismo. Ya en los cincuenta impulsó el Instituto de Periodismo (hoy Facultad de Comunicación) de la Universidad de Navarra. Conoció y trató a muchos profesionales del ramo de la comunicación. En los años 1960 y 1964, cuando vino a Pamplona con motivo de la celebración de dos Asambleas de Amigos de la Universidad de Navarra, tuvo encuentros con los representantes de diarios o agencias de noticias que habían acudido para seguir esos actos.

Uno de los periodistas que estuvo presente en uno de esos encuentros fue Jacques Guillemé-Brulon, corresponsal en Madrid del diario parisino *Le Figaro*, que quedó muy impresionado por la figura del fundador del Opus Dei y por todo el desarrollo de la Asamblea de Amigos. De regreso a Madrid, manifestó a la Oficina de Información del Opus Dei su deseo de hacer una entrevista a san Josemaría. Cuando la petición llegó a Roma, san Josemaría aceptó enseguida. Puso como condición –en este caso y en los sucesivos– que el cuestionario de la entrevista le llegara por escrito, anunciando que él respondería también por escrito, aunque tendría además un encuentro personal con el entrevistador. Añadió que el periodista podría plantear todas las cuestiones que estimara oportunas, contando con que él respondería a todas las preguntas.

¿Por qué actuó así? Por las razones que antes señalamos, que podemos ampliar ahora destacando dos datos: que las entrevistas se solicitaron y concedieron durante unos años en los que la Iglesia vivía las tensiones que acompañaron al periodo inmediatamente posterior al Concilio, y en los que la prensa internacional se había hecho eco de algunas incomprensiones y calumnias surgidas en España en relación con el Opus Dei. Yo estaba entonces en Roma, y recuerdo muy bien haberle oído comentar que la existencia de dificultades o incomprensiones no debe hacer vacilar al cristiano en la fidelidad a Cristo. Son –decía– anécdotas, que no quitan lo que debe ser decisivo en la vida de la Iglesia y del cristiano: la confianza en la acción del Espíritu Santo, más allá de nuestra debilidad y, eventualmente, de nuestros errores. Una vez dicho cuanto antecede, añadía que esa serenidad y esa confianza en Dios no debían llevar a encogerse de hombros: había que difundir la verdad y, cuando fuera necesario, defenderla. Concedió las entrevistas consciente de que debía contribuir personalmente, y como fundador, a esa tarea, contestando a las preguntas que le formularan, manifestando en sus respuestas su conciencia cristiana y exponiendo con claridad la realidad del Opus Dei.

Llegado a esa decisión, puso en la tarea todo su empeño. En aquellos años tuve la oportunidad de ver cómo trabajaba san Josemaría. Me llamó la atención entonces –y me la ha vuelto a llamar ahora, al releer *Conversaciones* para elaborar la edición histórico-crítica– el empeño que puso en la preparación de las respuestas a los cuestionarios que enviaron los diversos periodistas. Se daba cuenta de que sobre él pesaba una responsabilidad –ante quienes le escuchaban o le leían y ante la historia– en orden a mover hacia la fe y a explicar bien el Opus Dei, dejando a las generaciones futuras no sólo –y es lo

más importante– hombres y mujeres que hubieran captado bien su espíritu, su invitación a santificarse en medio del mundo, sino también unos escritos que permitieran –a largo de los años– continuar accediendo a sus palabras.

Las entrevistas fueron para él –la de *Le Figaro* y las que vinieron después: *The New York Times*, *Time*, *Palabra*, *Gaceta Universitaria*, *L'Osservatore della Domenica*, *Telva*– un cauce para alcanzar esa finalidad. Las trabajó muchísimo. Era consciente de que los temas que tenía que tratar hacían referencia a puntos importantes de la vida de la Iglesia y del espíritu del Opus Dei. De ahí que las respuestas fueran largas: más breves en las primeras entrevistas, y más amplias en las siguientes, pero siempre extensas y hondamente trabajadas. Podía contar, en aquellos años sesenta, con algo que no había tenido en la década de 1930: personas que le ayudaran en las tareas auxiliares; es decir, pasar textos a máquina, buscar o comprobar una cita, preparar una minuta partiendo de ideas que él había transmitido de palabra... Todo eso facilitaba su trabajo, pero no lo disminuyó. La labor redaccional fue suya por entero. Repasó además cada entrevista varias veces: seis, siete, ocho. Y en cada una de esas revisiones introdujo modificaciones, añadió matices, completó ideas, amplió razonamientos, etc. Muchas veces pidió perdón, porque esa tarea traía consigo volver a escribir a máquina los textos –en aquellos años no había ordenadores que hubieran facilitado grandemente el trabajo– y eso le condujo, en diversos momentos, a indicar que no volvieran a copiar las páginas enteras, sino sólo las líneas en las que había introducido modificaciones, recomponiendo luego las páginas por el sistema de cortar y pegar. Así se actuó, aunque con frecuencia resultaba necesario volver a escribir las páginas por entero, ya que había cambios prácticamente en cada línea.

Es ese trabajo intenso y cuidado de san Josemaría lo que hace que *Conversaciones* constituya un importante testimonio sobre lo que es el Opus Dei, ofrecido por su mismo fundador. En los textos de los años treinta, tanto en los escritos dirigidos a los fieles de la Obra como en *Santo Rosario* y en *Camino*, san Josemaría dio a conocer con claridad su espíritu y el impulso al apostolado que ese espíritu implica. *Conversaciones* entronca con esa tradición, ahora con el lenguaje de quien sabía que estaba dirigiéndose a gente muy variada: todos los eventuales lectores de *Le Figaro*, *Palabra*, *Gaceta Universitaria*, *The New York Times*, *L'Osservatore della Domenica*..., y por tanto a personas que podían no conocer el Opus Dei y, en ocasiones, ni siquiera a la Iglesia Católica. Y este hecho dota a *Conversaciones* de un carácter específico.

En 1967, cuando ya había concedido cinco entrevistas (faltaban la de *L'Osservatore della Domenica* y la de *Telva*) y pronunciado en Pamplona la homilía «Amar al mundo apasionadamente», se le sugirió a san Josemaría la posibilidad de agrupar esos textos formando un libro. Accedió enseguida y fijó el esquema o índice. Mientras se estaba preparando el texto para enviarlo a la imprenta, a las cinco entrevistas y la homilía, se unieron, del modo y en el lugar que el autor decidió, las dos que acababan de ser concedidas. Y así fue como en 1968, con el título *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, se publicó el libro.

La historia que acabamos de resumir es narrada con detalle en la introducción a la edición crítico-histórica que presentamos. No hace falta añadir ahora nada más. Salvo tal vez un detalle que puede llamar la atención: ¿por qué, junto a las entrevistas, se incluye una homilía? O, dicho desde otra perspectiva, ¿por qué san Josemaría no reservó la homilía predicada en Pamplona para incluirla en alguno de los dos libros de homilías que preparó y publicó en los años siguientes? Aparte de factores cronológicos –esos dos libros aparecieron varios años más tarde, en 1973 y 1977 respectivamente–, hay razones más de fondo. Si se analizan las obras a las que nos estamos refiriendo, se advierte enseguida que donde encaja la homilía de Pamplona es precisamente en *Conversaciones*. Aunque sean géneros literarios distintos, las entrevistas y la homilía tienen la misma finalidad. En todos esos textos san Josemaría tiene un objetivo fundamental: dar testimonio de la realidad de la Iglesia y del Opus Dei. Las homilías recogidas en *Es Cristo que pasa* y *Amigos de Dios* en tienen una finalidad diversa: en *Es Cristo que pasa*, comentar –siguiendo la liturgia–, el dogma cristiano, impulsando a incorporarlo a la propia existencia; y en *Amigos de Dios*, glosar el temple espiritual del discípulo de Cristo, mostrando cómo las virtudes humanas y cristianas se integran y armonizan en la vida del cristiano, y especialmente en la vida del fiel llamado a realizar su vocación divina en medio del mundo y amando al mundo.

Unidad y actualidad de Conversaciones

Nos hemos fijado hasta ahora en la historia de *Conversaciones*. Llega el momento de atender a su contenido. Comencemos realizando una observación previa. Ya antes tuve ocasión de señalar que san Josemaría respondió a todas las preguntas que le formularon los entrevistadores. Así lo decidió desde un primer momento y así lo mantuvo en lo sucesivo: no soslayó ninguna de las cuestiones que se le plantearon. Pero es cierto a la vez, que no

se limitó a respuestas breves, circunscritas estrictamente a lo preguntado. Entró siempre en diálogo con lo que decía el entrevistador, yendo a lo hondo de las cuestiones, evocando contextos, presupuestos e implicaciones. En suma, expuso con nitidez, precisión y amplitud su pensamiento. Dicho con otras palabras, la persona y el pensamiento de san Josemaría se reflejan con plenitud en las entrevistas: no sólo respondió a lo que le preguntaban, sino que reflexionó, matizó, dialogó y completó. De ahí que, en cierto modo, dejó de ser una persona meramente entrevistada, para convertirse, a la vez e inseparablemente, en autor de la entrevista resultante. *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer* es, por todo esto, un libro plenamente suyo.

De ahí dos consecuencias que considero conveniente subrayar:

En primer lugar, la profunda unidad de la obra. Está formada, ciertamente, por ocho piezas, cada una de las cuales tiene sus rasgos peculiares, pero posee, a la vez, una gran unidad y coherencia interiores. No sólo porque se trata de textos escritos en un periodo breve de tiempo –la primera entrevista es de 1966, la última de 1968–, lo que explica que no haya evolución en la formulación del pensamiento, sino además porque hay unas líneas de fondo que afloran a lo largo de toda la obra, articulándola y dotándola de fisonomía propia.

En segundo lugar, lo que podemos calificar como actualidad de su contenido. *Conversaciones* pertenece a la segunda mitad de la década de 1960, pero no es una obra caduca, circunscrita a la época en que se escribió. Hay en ella, obviamente, pasajes que están estrechamente vinculados a los años en que fueron redactados, pero, aun en esos casos –y más aún en el conjunto de la obra– *Conversaciones* trasciende el momento histórico de su redacción. Y lo hace porque san Josemaría se manifiesta en ella como un cristiano hondamente radicado en la realidad imperecedera de Cristo y su mensaje de salvación, y como un fundador que explica, con la autoridad que ese hecho le otorga, la razón de ser, el carisma, el espíritu, el modo de trabajar, que caracterizan la realidad a la que dio vida, siguiendo la luz y el impulso recibidos el 2 de octubre de 1928.

Esa unidad de fondo que posee el libro, el hecho de que lo atraviesen una serie de líneas estructurales y configuradoras, nos llevó –a Alfredo Méndiz y a mí– a considerar que, en la introducción a la edición crítico-histórica, no podíamos limitarnos a narrar el proceso de la redacción y edición de *Conversaciones*, sino que debíamos preparar un apartado –que acabó siendo bastante largo: unas sesenta páginas– destinado a poner de relieve esas coordenadas.

No es este el momento de comentarlas todas. Pero me parece oportuno mencionar algunas, aunque sin entrar en detalles y ofreciendo por tanto una panorámica muy general.

La realidad del Opus Dei.

En *Conversaciones*, el espíritu del Opus Dei está presente en todas las entrevistas y en la homilía. En algunos momentos, constituye la inspiración de fondo desde la que se exponen o glosan otros temas; en otros muchos –especialmente en las entrevistas a *L'Osservatore della Domenica* y a *Palabra*, y en la homilía de 1967–, es glosado de forma directa y con detalle. La llamada a la santificación en medio del mundo y en el conjunto de las realidades seculares, el trabajo profesional como realidad santificable y santificadora, el matrimonio y la familia como caminos de santidad, el horizonte cristiano de la vida ordinaria, la invitación a ser contemplativos en medio del mundo, la importancia de las cosas pequeñas y otros aspectos determinantes de su mensaje son expuestos con amplitud y precisión. Y, junto a esos rasgos espirituales, es descrita la realidad del Opus Dei como institución: su organización, los criterios que informan su gobierno, las características de su apostolado.

A lo largo de las entrevistas –particularmente las concedidas a *Le Figaro*, *The New York Times* y *Time*– hay, además, una realidad a la que dedica especial atención: la libertad profesional de los miembros de la Obra. San Josemaría quiso detenerse en este punto no sólo por razones circunstanciales –las informaciones erróneas a las que antes me refería–, sino sustantivas, ya que es rasgo esencial del espíritu y de la actuación del Opus Dei. De ahí que hable con especial claridad y fuerza, incluso con expresiones que pueden parecer llamativas, como es el caso de la siguiente: si alguna vez un miembro del Opus Dei intentara dar consignas políticas a los otros o servirse de ellos para fines temporales, «saldría expulsado sin miramientos, los demás socios se rebelarían legítimamente» (n. 48). O esta otra, aún más neta: «Si se diera alguna vez –no ha sucedido nunca, no sucede y, con la gracia de Dios, no sucederá jamás– una intromisión del Opus Dei en la política, o en algún otro campo de las actividades humanas, el primer enemigo de la Obra sería yo» (n. 28).

El mensaje de san Josemaría sobre la libertad –aun concediendo amplio espacio a la libertad en las cuestiones temporales y, más concretamente, en la actuación política– va más allá, hasta alcanzar no sólo la totalidad de las

realidades terrenas y seculares (cultura, ciencia, filosofía, etc.), sino el núcleo mismo de la persona. La libertad es –afirma– un «don divino», que se debe «amar apasionadamente»: gracias a ella el ser humano es, no sólo señor de su destino, sino capaz de ofrecer y recibir amor y, llegando a su culmen en virtud de la gracia, «de amar y de servir a Dios, en Quien radica la plenitud del bien y de la felicidad». La persona humana es libre, protagonista de su propia historia, habilitada –en virtud de la llamada de Dios y de la gracia– para amar, y para amar sin límites.

El itinerario jurídico del Opus Dei

Conversaciones se elabora y publica en pleno desarrollo del itinerario que condujo a la configuración jurídica definitiva del Opus Dei. Más exactamente, se sitúa en el contexto de la fase decisiva de ese itinerario. A finales de los años cincuenta san Josemaría no sólo confirmó la decisión de separarse de la figura jurídica que se había aplicado hasta ese momento al Opus Dei, sino también la de comunicarlo oficialmente a la Santa Sede. Así lo hizo en 1960 y en 1962. Los documentos aprobados en el Concilio Vaticano II (1962-1965) y los sucesivos textos complementarios establecieron la figura de las prelaturas personales, a la que se acogió enseguida el fundador del Opus Dei. Se iniciaba así la etapa final del proceso jurídico-canónico, que tardó varios años en concluirse: hasta 1982 cuando Juan Pablo II erigió el Opus Dei en Prelatura personal.

Las entrevistas –concedidas, no olvidemos, entre 1966 y 1968– constituyeron un factor importante en ese proceso. En ellas san Josemaría reafirmó de forma decidida esa realidad espiritual e institucional del Opus Dei que hacía necesario modificar su configuración jurídica para otorgarle otra, plenamente adecuada a su naturaleza. Lo hizo con términos muy netos, aunque no siempre pudo utilizar el lenguaje que hubiera deseado. Es este uno de los pocos puntos en los que el libro de *Conversaciones* está condicionado históricamente. La coyuntura era, en efecto, compleja: no podía utilizar siempre la terminología acomodada a la figura de una prelatura personal, porque ese paso jurídico no se había dado todavía; y de otra parte tampoco podía utilizar la antigua, porque ya resultaba inadecuada. De ahí que tuvo, en ocasiones, que acudir a perífrasis o a expresiones que sin ser las óptimas, eran las que, en ese momento, presentaban menos inconvenientes. Un ejemplo claro lo constituye el uso de las palabras «asociación» o «socios». Supuesta la erección como Prelatura lo correcto es hablar de «fieles» o, genéricamente,

de «miembros». Antes de esa erección podía acudir sólo a la cualificación de miembros, que, en el texto de *Conversaciones*, se alterna con la de socios, que pertenece claramente a la etapa jurídica anterior, pero que era necesario mantener en espera de los pasos definitivos.

Al mismo tiempo que se veía forzado a concesiones terminológicas, san Josemaría aprovechó las entrevistas para subrayar las características específicas del espíritu del Opus Dei –singularmente las que tienen claras implicaciones jurídicas, como es el caso de la secularidad–, y para describir los rasgos estructurales de la Obra que, perteneciendo a los elementos fundacionales, se habían mantenido, y continuarían así, aunque cambiaran las configuraciones jurídicas: la estructura del gobierno, centrado en la figura del Presidente General (posteriormente, Prelado); la colegialidad; la difusión de la fe cristiana entre personas de todas las condiciones sociales (una «gran catequesis»); la primacía otorgada al apostolado personal; la libertad en las cuestiones profesionales; la valoración de la espontaneidad y de la iniciativa individuales (el Opus Dei es una «organización desorganizada»), etc. Es esta la razón por la que *Conversaciones* no sólo constituyó, como antes decíamos, un factor importante en el itinerario jurídico del Opus Dei, sino la que le otorgó la condición de fuente primaria, con valor siempre actual, para conocer la esencia de la Obra.

La realidad de la Iglesia

Desde los inicios de su labor como fundador del Opus Dei, san Josemaría tuvo ante sus ojos un inmenso horizonte apostólico: cristianos de las más variadas condiciones, profesiones y oficios, que, tomando conciencia de la dignidad y la misión que le han sido conferidas por el bautismo, aspiran a santificar su vida ordinaria y a animar a otros a participar de ese mismo ideal y de esos mismos afanes. La imagen de una Iglesia toda ella en marcha, difundiendo con la palabra y el ejemplo el mensaje de Cristo e informando con la luz que deriva de ese mensaje la realidad en la que cada uno vive, le acompañó durante toda su vida.

«Esto trae consigo –comentaba en la entrevista de *L'Osservatore della Domenica* en un pasaje que conviene citar casi por entero– una visión más honda de la Iglesia, como comunidad formada por todos los fieles, de modo que todos somos solidarios de una misma misión, que cada uno debe realizar según sus personales circunstancias». Esta «visión más honda» de la Iglesia –concretaba san Josemaría– afectaba a los laicos o cristianos corrientes que,

«gracias a los impulsos del Espíritu Santo, son cada vez más conscientes de ser Iglesia, de tener una misión específica, sublime y necesaria, puesto que ha sido querida por Dios». Pero también e inseparablemente, atañía a los pastores al impulsar una «sensibilidad» que llevaría a advertir con hondura «lo específico de la vocación laical». Lo que –concluía– traería consigo que «a los sacerdotes se nos pide la *humildad de aprender a no estar de moda*, de ser realmente siervos de los siervos de Dios –acordándonos de aquel grito del Bautista: *illum oportet crescere, me autem minui* (Jn 3, 30), conviene que Cristo crezca y que yo disminuya–, para que los cristianos corrientes, los laicos, hagan presente, en todos los ambientes de la sociedad, a Cristo» (n. 59).

Concedidas entre 1966 y 1968, en los años inmediatamente posteriores al Vaticano II, las entrevistas no podían dejar de hacer referencia a una crisis que todavía no había llegado a los momentos de mayor virulencia –lo hará a partir del último de los años mencionados–, pero que estaba en pleno desarrollo. De ahí que en *Conversaciones*, san Josemaría manifestó un decidido afán por poner de relieve la entraña profunda de la Iglesia, la actualidad imperecedera de su misión, su continuidad a través de los avatares históricos. El hecho, en suma, de que la Iglesia está abierta al desarrollo e incluso al cambio, pero siempre en la fidelidad y desde la fidelidad. La primera pregunta de la entrevista publicada en *Palabra* y, por lo tanto, la primera que aparece en *Conversaciones*, versa sobre el *aggiornamento*: ¿Qué significa *aggiornamento*, actualizar, ponerse al día, renovar? San Josemaría contestó acudiendo precisamente al vocablo recién mencionado: fidelidad. «Para mí –fueron sus palabras– *aggiornamento* significa sobre todo eso: *fidelidad*. Un marido, un soldado, un administrador es siempre tanto mejor marido, tanto mejor soldado, tanto mejor administrador, cuanto más fielmente sabe hacer frente en cada momento, ante cada nueva circunstancia de su vida, a los firmes compromisos de amor y de justicia que adquirió un día. [...] Lo mismo sucede en la vida de las instituciones, singularísimamente en la vida de la Iglesia, que obedece no a un precario proyecto del hombre, sino a un designio de Dios» (n. 1). Toda renovación de la Iglesia debe estar movida e impulsada por la fidelidad a Cristo y a su mensaje.

Amar al mundo

La expresión que da título a la homilía de 1967 refleja uno de los ejes conformadores de la totalidad de *Conversaciones*. La valoración positiva y cristiana del mundo, y de las realidades que lo integran, ocupa un lugar cen-

tral en el mensaje del fundador del Opus Dei. El mundo es bueno puesto que ha sido creado por Dios. Ciertamente existe el pecado, que afea y daña la creación, aunque no la pervierte por completo. Pero Cristo, con su gracia redentora, hace posible enfrentarse con el pecado, no sólo vencéndolo, sino superando sus consecuencias negativas. El cristiano no puede dejarse dominar por el pesimismo o por una resignación triste y paralizante o, en el extremo opuesto, por la mundanidad, la superficialidad o la frivolidad. Debe mantener siempre viva la esperanza. Una esperanza que deriva, de forma inmediata, de la fe y que, en el cristiano corriente –llamado a santificarse en las realidades seculares–, lleva no sólo a saberse en el mundo, sino a amar al mundo, apreciando todo lo bueno que hay en él y contribuyendo a su incremento.

Esta consideración de fondo tiene múltiples aplicaciones y consecuencias en la predicación de san Josemaría, también en *Conversaciones*. Señalemos algunas, a modo de ejemplo:

a) La valoración del trabajo profesional, de esa profesión u oficio que cualifica la posición del hombre en la sociedad y gracias a la cual provee a su propio sostenimiento y al de su familia, así como al desarrollo del bienestar colectivo. En un cristiano, a esas dimensiones humanas, se le unen otras: su capacidad, supuesta la gracia, santificable y santificadora del trabajo, hasta poderse decir que éste constituye un eje o quicio en torno al que se estructura la vida espiritual (nn. 10, 26, 55 y *passim*).

b) La consideración del matrimonio como vocación divina, con todo lo que eso supone de valoración del amor humano, la afectividad, la corporalidad, la sexualidad. El matrimonio implica una actitud de donación y entrega del varón a la mujer y de la mujer al varón, que hace que los esposos se abran desde el amor humano al divino y puedan ser cooperadores de Dios en la transmisión de la vida (ver, en especial, los nn. 91-92 y 121).

c) La valoración de la familia y de la vida del hogar, como ámbito en el que la mujer y el marido se santifican y santifican su vida ordinaria; en el que los hijos aprenden a tomar conciencia de sí y, en el caso de matrimonios cristianos, a crecer en la fe y a reconocerse como hijos de Dios, objeto no sólo del amor de los padres, sino también del amor divino. Lugar, además, desde el que se difunde en la sociedad circunstante un ambiente de fidelidad y alegría. De ahí la importancia que san Josemaría le otorgó siempre, como testimonio, junto a otros pasajes de *Conversaciones*, la entrevista de *Telva*.

d) El aprecio por la universidad y por la cultura en general. Es el tema central de la entrevista concedida a *Gaceta Universitaria*, pero está también

presente en otras y, por supuesto, en la homilía. San Josemaría fue un gran universitario y se sintió orgulloso de serlo. Frecuentó la universidad durante sus años de formación en Zaragoza, donde prolongó sus estudios de teología con los de derecho. Fomentó la puesta en marcha, en muy diversos países, de residencias universitarias, que completaran, en lo humano y en lo cultural, la formación que se pudiera adquirir en las aulas. Dio origen –en 1952– a la Universidad de Navarra, cuya labor siguió muy de cerca; y, años más tarde, a la de Piura, en Perú. Concibió siempre la universidad como institución formadora de hombres, lo que nos sitúa ante algo que va más allá de su amor a la universidad, pues nos conduce a otros de los rasgos constitutivos de su personalidad y su mensaje. San Josemaría fue, en efecto, y en todo momento, un gran formador de hombres y mujeres, de personas libres y responsables, capaces de hacer presente, en el mundo y en los ambientes en los que a cada uno le toque vivir, la conciencia de la dignidad del ser humano, el aprecio por la libertad, el espíritu de servicio y, si son cristianos, la fe en Dios Padre y el amor a Cristo.

Cabría hacer referencia a otras manifestaciones de ese amor al mundo, que estamos glosando, así como a algunas otras de las líneas estructurales de *Conversaciones*, pero llega ya el momento de dar por concluida esta presentación. Podemos hacerlo reiterando esas dos cualidades de *Conversaciones* a las que antes nos referíamos: su unidad y su actualidad. Y subrayando la satisfacción que ha sido para mí trabajar en la edición crítico-histórica de esta obra, y realizar ahora su presentación.